

CELCIT. Dramática Latinoamericana 314

MADRE DE LOBO ENTRERRIANO

Julio Molina

PEROSNAJES: M (3); F (2)

Hombre

Madre

Muchacha

Padre de la muchacha

Viejo curandero

Entre Ríos, año 1882.

A mi padre, y mi abuela Doraliza

1

Hombre: Lobo, pata de lobo. Pata de hombre lobo.

Pata sola, peluda pata de huella de hombre. Luna inundada de lobo.

La pálida, lanuda luna de noche de lobo llena. Hombre atravesado por designio.

Lejano pueblo perdido trae tirones de lo que...

Yo soy ese hombre.

Yo hablo por ese lobo. ¿Soy un hombre?

Cara con hocico babeante reemplazará mi cara.

¿Soy un hombre?

Una mujer es vista a lo lejos por mí.

Yo la miro.

Desde hace... días.

La miro.

En realidad creo que sin conocerla ya la miraba.

¿Miraba con mirada de hombre su plateado rubio pelo?

Alma solita, callada, anda sabiendo sin saber lo que otros dicen decir.

Escucho, ríen detrás de mí, orejas de pueblo ancha. Chanchos gritan, creen ver otro animal.

¿Y yo...?

¿Pasé, o es por el caballo que va debajo de mí?

Me afeito.

Me afeito.

Me... logro ser casi lampiño, recorro de navaja y jabón mi rostro para evitarme peludo.

Contemplo mi ser en un espejo y desaparece el que con barba estaba.

Aparece el otro, el de hace rato, el de a ratos.

Mi mirada se va nuevamente tras esa mujer que veo correr, ¿llegará el día en que me anime a salir y le diga hola?

La luna se raya con una nube que la parte avisándome y dando la señal.

La señal de la luna, de mi cruz.

Diciéndome que no me olvide.

Completo la acción de afeitarme, inútilmente completo, para dejar de ser completo, para darle caso a la luna. Caso de mi ocaso.

Un anciano en un redondo encuentro con un fuego como centro dijo lo que luego afeitando no pude contener.

Me afeité.

Rápidamente mi rostro, en minutos apenas comenzará a brotarse de barba.

¿De barba?

Estoy esperando que no ocurra.

Estoy maldiciendo la luna.

Estoy.

Yo. El elegido.

Hasta allí lo que puedo y lo que no...

Madre sola, sola madre.

Nació en la provincia de Corrientes, mi madre, aunque de niña sus padres se trasladaron a Entre Ríos.

Allí, por aquella época jaurías enteras recorrían los montes y las cuchillas todas. Allí.

Se supo con el tiempo.

Mis ojos rojos.

Mi hocico comienza a elevarse en temperatura y percepción.

Nunca fui demasiado velludo, hasta...

Siempre fui... por ser hijo de gringos.

Muchacha: Hay una mirada que conviene no mirar me dijo mi tata.

Hay una mirada de macho guacho que conviene evitar, sólo que no se sabe de quién.

El curandero le dijo al tata que tuvo un sueño, un sueño volador en el cual se veía una mata de pelo oscuro; una mata crinuda y espesa que envolvía a una gurisa rubia.

Una mata amorosa que hacía parir lobitos a una rubia criolla.

Una mata que no tenía dueño más que el solo pelo. Más que la sola huella de sangre que dejó el fin del sueño entero.

Hombre: Me gusta el baile, mucho; el apolcamiento de mis músculos me resulta divertido.

Dicen que la risa en exceso no es conveniente, dicen que la risa en exceso

derrama placeres a futuro, dicen que la risa en exceso contiene lo inevitable, dicen que la risa en exceso es el principio de cualquier perdición.

Me río, me río entero, me vuelco de risa, me río solo, me río de ver a la gurisa, me río de amor.

Muchacha: Aullido, esperpento de mi alma. A lo lejos.

Desparrama desesperanza y temor.

No olvido, no; la imposibilidad del no observar desde el alero alguna sombra que identifique.

Internamente señala mi alma de hembra el camino curvo de las fauces noctámbulas.

Tengo que...

Hombre: Designio, medallón desenterrado, incertidumbre de quién a quién.

¿Cuál será el elegido hace tiempo me preguntaba?

No podía conciliar el sueño, sueño mío despegado.

Mi mano en la sombra de mi cuartujo, siguiendo la inquietante curva de mi pómulo, investigando yo secretamente mi propio destino.

2

Hombre: Una escarcha de madrugada complica el enterrado pie en la entrelazada gramilla.

Todo el frío de un invierno envolverá mi cuerpo, huyendo.

3

Padre de la muchacha: No es conveniente que te alejes de las casas.

Nos rondan ciertos... aullidos.

A vos te hablo, mierda, te he visto perderte con la mirada en dirección al río.

Obedecé mi palabra, que es ley mientras yo viva.

Mientras yo viva.

El Gualeguay allá, nosotros acá.

Muchacha: Callo, nada digo, padre.

Padre de la muchacha: Has de obedecer igual que lo hacia tu finada madre, tu madre...

Me parece verla en cada amanecer.

4

Muchacha: Estoy esperando.

Llego hasta aquí, más no.

El río esta cerca.

Sin preguntarle al cielo me siento.

Decido que sea.

¿Decido?

Espero.

Mi corazón galopa... y cuánto.

Espero.

De aquí no me moveré sin obtener respuesta.

Ya creo que es.

Lo siento acá.

Lo veo llegar y sé que así será.

Para siempre.

Hombre: ¿Vos sos la gurisa que espiabas desde el alero mi recortada figura que a caballo despellejaba polvo?

Sos la que sé, que habría de encontrarme.

Para siempre.

Muchacha: Para siempre.

Hombre: Sólo sabré mirarte con el asombro intacto cada mañana.

Muchacha: Una legión de incógnitas se estrellará contra nosotros; para siempre.

Hombre: Te observo, te elijo, te completo.

Te pronuncio en mí.

¿Cómo podés ser tan rubia?

¿Cómo el sol no se enfurece ante tanto resplandor entrerriano?

Muchacha: Shhhh... no digas más, a ver si te escucha.

Hombre: La tierra late.

Logro eyacular la tierra toda; desde mi brinco.

Muchacha: Logra él hacerme un hijo con los designios sabidos.

Estoy esperando.

Estoy esperando un hijo del hombre.

Estoy esperando un lobito.

5

Madre: Soy la madre, soy la que en la tierra está. Soy la transgresora, la Correntina.

La que de joven sucumbió en el amor velludo jamás soñado.

Soy la que dijo sí a la lujuria babeante.

Soy la apartada.

La que se dejó por un sexo de lobo, la que desgarró su intimidad ante el aullido que ahora te perturba.

¿Cómo no entenderte muchacha, cómo no entenderte?

Son muchas las habladurías que contienen a las gentes en las casas las furiosas tardes de verano.

Son muchas las tentaciones, comprendí luego.

Mas, también nosotras somos muchas; así fue siempre, siempre.

Vigorous animales irresistibles que conducían a las muchachas hasta el borde mismo del borde.

En las siestas amorosas del pleno campo.

Quien ame de esta manera no puede luego jamás llegar a sentir más que desprecio ante el macho hombre.

En algunas regiones del Corrientes los hombres conocen la cosa y hace esto el que se empecinen en matar lobos con excusas de majadas de ovejas despellejadas.

Muchacha: Él está y eso basta, señora; no me importa nada o me importa todo; que es lo mismo.

Él está en algún sitio de espesa negrura entrerriana, en algún charco bebiendo, o simplemente esperándome.

Mi padre.

¡Ay, si nos encuentra mi padre!

Dicen que una bendita, maldita, bala de plata es sujeta por una escopeta cobarde que entre escondida pretende romper el cuerpo de mi hombre.

Cómo comprender tanta inmundicia, cómo llegará el gentío a comprender la verdadera pureza del instinto.

Madre: Hay que tener coraje mijita, o saber que el cielo no soporta tanto amor y lo castiga con esto, con el encierro, con lo furtivo.

Muchacha: No, señora, no.

No es cosa del cielo sino de esta sangrante tierra no soportar lo mío, lo suyo, lo que se corre de lo que el permiso pretende.

Pero llegará el día, en que les incendiaremos los rincones a todos los hijos de puta que dicen el cómo el permiso ha de ser.

Mientras tanto yo buscaré a su hijo en cada estero, en cada rincóncito criollo que mi vida me dé.

Acá estoy peinándome para él, afilando mis dientes para morderlo de ternura, emblandeciendo mi lengua para lamerlo poco a poco hasta que amanezca, hasta

que su cuerpo se humanice, aunque eso da lo mismo.

Lo amo entero, devenga en lo que devenga, lo amo como amo los hijos que empezaré a parir dentro de luna y media.

Madre: Soy la madre, soy la incrustada a la tierra. Soy la que tuvo dentro de sí a su padre lobo, a su lobo padre.

La que tuvo dentro al hijo de la luna.

Soy la que con un lobo tuvo sexo.

Soy lo que dicen un monstruo por probar placeres prohibidos.

Soy la embrujada hace tiempo por la luna misma.

Soy la que fornicó con una luna criolla con lanza amorosa.

Soy la que lamió el sexo de un hermoso animal.

Animal que se metió en mí, para que lo incomparable se instale.

Soy la viuda de un cuadrúpedo.

Soy la amante eterna del más hermoso lobo jamás visto. Soy la que rompió esquemas; la desterrada.

Soy de ahora en más como tu propia madre.

6

Hombre: ¿ Ves esta piedra que tengo en la mano?

Muchacha: Sí.

Hombre: Luego será otra cosa. Luego.

Muchacha: No entiendo.

Hombre: Yo tampoco.

Muchacha: ¿ Y la piedra?

Hombre: La piedra menos.

Muchacha: Tal vez con el tiempo.

7

Muchacha: ¿La primer vez fue?

Hombre: No recuerdo el primer vello, el primer arqueamiento.

La encendida claridad del todo.

Las señales de adelanto me las dieron los animales en rededor, la extrañeza del pingo al subir yo a su lomo y ese relojero de costadito nomás. Sin creerlo ni él mismo.

Siempre el gentío comprende luego, mi bien, siempre. Pero no temas, no hay dolor, sí una exaltación que ninguna canción da.

Muchacha: Sé que siempre será así, mas luego, lo nuestro.

¿De qué manera colaboro?

Se dice que las brasas del espíritu terminan por poner en llama todo cuando el amor es.

Hombre: No cambiaría las cosa, no, éste es el destino, es el amor en mi madre el que hizo de mi esto, y sin el amor de ella yo ahora no estaría en lo que estoy, no hay reproche, no hay queja santa, sólo hay hombres, diferentes al que fui, hombres, llamados...

Hombres que me pregunto por qué leche han sido amamantados.

Hay días en que el dolor me arrastra hasta el más fondito.

Esos días en que mis huesos no pueden despegar del catre y parecería que no amaneció ni de mediodía.

Qué gran mujer mi madre que se entregó al amor toda entera sin medir nadita. Dándose en el todo.

Algunas hembras deberían dar vuelta todo, arrastrarnos hasta los yuyos altos y despanzurrarnos poco a poco hasta crear un nuevo río con la sangre de macho más roja que jamás se haya visto en ningún pago.

8

Madre: Lluvia entrerriana. ¿Lavarás todo?

La madre, acariciando el lomo de su hijo.

La madre despertando en su hijo, la madre.

Su hijo.

Hombre: Haga llover sangre, mama.

Intente pinchar las nubes con sus ojos; intente mover la tierra de lugar.

Madre: Duerma mi guacho crinado, que hasta de viejo el hombre es niño para su madre.

Para su madre.

Hombre: La canción que llega del monte es la que me está esperando.

Ésa y no otra.

Madre: Es tiempo que salga a buscar la vida, como lo hacía tu padre.

Sos tan parecido a tu padre.

Sos tan tu padre.

Ahí se aleja mijo. Ahí se aleja.

Lo espero con el tizón encendido.

Siempre una madre está sola y espera en silencio el retorno adorado.

Siempre.

Hombre: Fusil que abarca otra mano, fusil del padre.

Fusil de boca ancha y limada.

Fusil escupidor de muerte.

Fusil que envuelve las ansias del padre de mi amor.

Fusil que se inclina sobre mí.

9

Muchacha: ¿Y si marchases?

Hombre: No puedo irme, estoy enraizado a tu sexo; a este mojón, a esta incertidumbre.

¿Estoy?

Tironeado de pelos, perdido, ocupado por vos.

Estoy tejido a infinitos vellos púbicos que no permiten mi partir.

Con la pata anclada.

Estoy quebrado.

Con la hebilla de mi cinto desprendida, sin permitirme esto que parta.

Resigno el movimiento.

Ya no queja, ni embrujo alguno; sencillamente acepto y dejo que el trágico destino entierre mis pertenencias. Profundamente.

Si yo partiese, es decir, si mi cuerpo partiese; cómo lograr encolumnar mi alma tras los huesos de mis huesos que huyendo moví.

¿Cómo poder oírme sin dejar de ser?

En mi más mío.

Mi actitud no es suicida, ni mi rebelión poca. Sólo sé de lo mío, nada más.

Querencia. Pago. Cuna. Teta de loba y ahora tus senos.

10

Madre: Si supiese que esto había; hubiese intentado yo el previo movimiento.

Pero aquel lobo estaba aquí, no en otro pago.

Dejó de estar por prepotencia de otro, no por su propio sentir.

11

Muchacha: Mi mirada va más allá, no quiere permanecer estando.

No quiero que ocurra lo que ya en otro tiempo.

Hombre: Estoy soñando mi muerte.

Oíme.

La tierra late; dentro de vos, una lana que palpo. Hubo noches en que lloré... mucho, mi hembra, mucho.

Dejé un día de hacerlo, dejé de pensar en maldecirme, en maldecirlos.

Mirá la mama; cómo reclamar.

Muchacha: Sería tomar una barca en el estero bajo, una noche oscura, sin ninguna luna.

Seguramente en la semana la habrá.

Y... Partir, irnos bien lejos; donde al mirarte una tarde cualquiera en un espejo, al girar tu figura no se desdoble ya más.

Para cuando empiece a andar nuestro gurí por el sendero no se pregunte si ve doble... o... Si su tata tornó figura doble.

Un solo cuerpo mi hombre, una sola boca donde la mía viva.

12

Padre de la muchacha: Lo que ocupa mi cabeza.

El hijo del diablo, lo inhumano.

Mijita nunca, jamás.

Degollaría, masticaría carne y pañal de aquellos que... Hay un maleficio en la chacra, solía decir mi suegra, tal vez la vieja olía algo al cambiar a la gurisa. O era el aire enrarecido, por algún viento babeante bajando en camalote del Corrientes; la baba del diablo.

La belleza es peligrosa.

Pero una punzante, plateada, dará por tierra al crinado.

No he de pedir ayuda al pueblo. Esto es algo personal.

Se han metido con mi carne.

Luego de muerto lo carnearé con maestría; como me enseñó mi tata.

En este mismo suelo que quedará rojo.

Lo dejaré en pelotas, colgando de una horqueta hasta que se seque poco a poco, hasta la última gota de su loba sangre.

Me basto, solo.

Hay en mi alma tanta amargura, que me sobro a mí mismo.

Ni un aullido, ni un diente se clavaré en estas tierras de mis padres y mis hijos,

en esta tradición de hombres; y digo de hombres.

Hombre imponiéndose a la bestia, bestia por debajo del hombre.

13

Hombre: En la innombrada figura del que no debo, dicen, ni nombrar; ésta la figura de mi padre.

Siempre su ausencia forma una presencia infinita, aquejadumbrada.

Mi padre.

Mi tata presente con su ausencia misma.

El provocador, el inhumano.

De gurí soñaba con tomar su mano, o con mi pequeña mano su dedo pequeño; de mayor supe que sería una garra.

Mama, hábleme de mi tata.

Madre: Tu tata solía encenderse como ninguno.

Sus ojos reverdecían lo mustio y su figura recortada en la clara noche se convertía en un llamado inequívoco y dulce.

Como tu padre no había, mijo.

Sos tan parecido a tu padre, sos tan tu padre.

Reconozco en la muchacha que amás, mi pasado más glorioso y ardiente.

Sé que las raíces se han formado, pero te lo pido yo; tu madre.

Váyanse, mijo, ocupen otra franja de tierra que de eso sobra bajo este cielo nuestro.

Hombre: Es inútil, madre, detrás de mí va mi sombra con todo lo que eso implica, no puedo contra mí mismo.

Madre: Inténtelo, mi gurí.

Hombre: Ya es tarde, se han encontrado cristianos y bestias despedazadas en los mojones bajos.

Lo que aquel hombre, en aquel círculo de hombres vaticinó con las brasas como

centro, han teñido de fuego mi futuro, seguramente alguien está planeando mi muerte, lo huelo.

Lo siento acá, ve.

La luna mañana saldrá nuevamente y con ella donde dios y el diablo saben iré a parar.

El horizonte, ¿dónde está mi horizonte?

14

Hombre: Me peino, intento en la búsqueda desenmarañar mi figura de hombre, mi contorno de paisano entrerriano que conoce lo que la luna manda.

Madre: Siempre de pequeño, después de cada baño en el fuentón de lata, debajo de la parra te peiné, mi muchacho, horas. Hasta llegué a lamerte, gurí, pensando que al hacerlo, de la manera que una madre sabe, evitaría esto.

Qué ingenua fui.

Hubo un tiempo en que creí que tal vez esto no sucedería.

Aquel pequeño fino peine no tuvo el poder con el que el curandero del pueblo cercano me lo dio.

Le pedí un conjuro poderoso y me aseguró que con aquel peine bendito peinándote debajo de la parra sin sacar tus patitas del agua, realizando cruces entre peinada y peinada, colocándote con tu carita al sur pampero y luego encendiendo una vela a la virgen del Perpetuo Socorro, esto sería posible.

Qué ingenua fui, Dios mío.

Con el tiempo pensé en desenterrar el cuerpo de tu padre, pero nunca di con el dato de lo que hicieron con él luego de matarlo de la peor manera.

Ni de sus cenizas sé.

Las malas lenguas cuentan que se las repartieron en la pulpería, entre los vasos desbordantes de caña, esperando que esto aumentara en cada uno su más

semental.

Qué poco machos estos entrerrianos, lo que hicieron con el mío.

Hombre: No diga eso, mama, yo soy de aquí, la tierra no es culpable, ni siquiera Dios.

Madre: No estoy tan segura, mijo, ya no creo más que en lo nuestro, y en el amor que veo y palpo de esa hermosa gringa que elegiste por mujer.

Y que pronto nos dará un lobito, por eso le pido a tu tata, yo se que él nos ha de ayudar.

15

Hombre: ¿Cómo está esa panza, mi hembra?

Muchacha: Creciendo, señor, creciendo.

Hombre: Vio qué mañana tan entrerriana.

Muchacha: Por lo verde.

Hombre: Ahaa ...

Muchacha: ¿Será que el cielo está mateando?

Hombre: Será.

Gringa, ¿no has visto a la mama?

Muchacha: No.

Hombre: Es extraño, nunca sale a estas horas, la yarará pasea de la peor manera.

Muchacha: Ave María, nombrarla encinta es de mal agüero.

Hombre: Chajá, chajá ... juiira.

16

Viejo curandero: Prestá atención.

Abrí tu alma toda y escuchame.

Todavía hay una forma.

Es metiéndose con su amor.

Es provocar la muerte sobre ella.

Madre: La gurisa no... es como matar mi pasado.

Viejo curandero: Siempre el diablo toma forma femenina.

La belleza es peligrosa, se dice.

Escucha mujer.

Tenís que dormirle y llevarla a orillas del Gualeguay, ahí mismo cebarla con carne de potrillo recién muerto, y esperar que dentre el ramaje aparezca el lobo.

A ti nada te hará; pues el animal entenderá todito.

Si yo lo digo, es porque Dios lo quiere así, no lo niegues, es la ultima carta del naípe.

Se trata de tu hijo.

Luego podrán mudarse de pueblo.

Una vez lejos ya no sucederá lo que cada tanto.

Él no tiene por qué saber de esto, soy paisano de palabra, soy entrerriano.

17

Hombre: Es raro.

Muchacha: ¿Qué?

Hombre: Lo de la mama.

Su ausencia.

Muchacha: Se le habrá pasado decir.

Hombre: Su boca no perdería ocasión.

¿Será...?

18

Madre: Yo no podría.

Esa gurisa. Gurisita.

Viejo curandero: Vos no podés hacer más que lo que te ordeno, no olvides que tenís una deuda conmigo.

Madre: ¿Qué querés decir con eso?

Viejo curandero: Supe el callarme todito cuando viniste a mí suplicándome hace dieciocho años por tu gurí.

Cerré el pico.

Desde ese día supe que algo dañino había procurado al silenciarme.

Ahora es la oportunidad de retractarme con el supremo; ya estoy viejo y no creo que haya mucho más hilo en el carrete, quiero llegar a su lado limpio, sabés.

Creo deberle demasiado.

Madre: Hacer el bien matando a alguien.

Ofreceme a mí, viejo.

Viejo curandero: Vos no tenís nada que ver en todito esto, se trata del gurí, y de última de mí mismo, qué joder.

Madre: Ofreceme a mí; realizá un pacto, viejo curandero.

Todavía puedo ser un sacrificio, supe que en Catamarca para deslobar a un niño ofrecieron un angelito como sacrificio.

Viejo curandero: Te he dicho, que no tenís nada que ver.

Además, estás yendo muy lejos.

Yo trabajo para él, del otro nada conozco.

Madre: ¡Por Dios!

Viejo curandero: De él mismo se trata.

Y de tu muchacho, claro.

Madre: Parece que no tengo escapatoria.

Viejo curandero: Ninguna, además es hora de que vos misma vayas pensando en limpiar la cancha.

Hace rato que no sos una gurisa y también el de arriba a vos te va a pedir por lo tuyo.

Madre: Yo no importo.

Viejo curandero: Eso lo decís ahora, nadie quiere morir, mijita, nadie.

Madre: No se crea.

19

Hombre: Por allá un tormentón se asoma, qué nubarrones tan negros lo siembran, parece la boca de un...

Muchacha: Lobo...

20

Viejo curandero: Tenís que cortar raíz de ñandubay, mezclarlo con miel silvestre y cáscara de espinillo, pisalo mucho y dáselo en arroz con leche rociado con arroke, así pasará por su garguero.

Eso logrará dormirla por completo y en poco tiempo.

Por lo demás, ya está dicho.

21

Madre: Estoy llorando sola, como hace años, muchos años.

Estoy moliendo una profecía.

Pequeñas partes moliendo, mezclando en un mortero lo que en otro tiempo no pude no mezclar.

Estoy enlutando mi vida nuevamente.

Estoy rebotando entre la vida y la muerte.

Estoy; yo la madre, moliendo mi angustia.

22

Hombre: ¡Ahí regresa!

Madre: No me miren así. Estuve pensando por ahí, solo fue eso.

Hombre: Igual pudo avisar, nos tuvo preocupados.

Madre: ¿Y por qué habrían?

23

Madre: Nunca preguntes por sus cosas, es parte del amor.

Muchacha: Procuraré.

Madre: Alcanzame un trozo de potrillo que compré en la pulpería.

Muchacha: ¿Para qué?

Si todavía su carne está caliente.

Madre: Después te digo; pero antes dame un abrazo. Fuerte.

Perdoname, hija, perdonanos.

Muchacha: ¿Pero qué dice, señora?

Perdón... ¿por qué?

Madre: Por mi pasado, gurisa; por lo que te estoy ofreciendo.

Muchacha: Usted me ofreció lo más hermoso que camina por las cuchillas, usted me glorifica.

Su hijo señora, su hijo es...

Hombre: Aúllo, sólo eso.

24

Madre: Es mi mano la que se mete en el cuenco.

Son mis dedos los que hurgan para salvar a mi hijo.

Me apoyo en el destino.

Rociar abundantemente para que baje el sueño por la cuchilla, terminó repitiendo el viejo curandero.

Cuchilla entrerriana, loma de la tierra que vio tanto.

Cuchilla que se transformará en garra, uña y colmillo.

Lobo que entrada la noche te despedazará, gurisa mía.

Hombre: Nuevamente aúllo.

25

Muchacha: Tengo sueño, será mejor regresar, creo que mi panza pide que me recueste y olvide en la noche ciertas preocupaciones de la mañana.

Madre: Recostate aquí, mientras voy por agua del río, dicen que su fuerza traspasa cualquier molestia pasándosela por las mejillas y el vientre.

Duérmase, mi gurisa.

Descanse.

Ya está todita dormida.

Te unto el cuerpo, te cebo, te preparo entera.

Que el cebo reflejado atraiga al lobo.

Que con él se vaya tu alma y con ella la luna que en tu carne reflejará como señuelo.

¿De quién son esos pasos que se aproximan?

Hombre: Madre, ¿qué hace?

Sentí en mi pecho un palpar extraño y no comprendiendo dónde mis pies me llevaban, me dejé hasta aquí llegar.

Madre, ¿qué hace?

¿Qué hace mi mujer dormida al costado del Guauguay y usted cebándola con carne de... potrillo?

Madre, no querría estar preguntando lo que pregunto, ni mirando lo que miro, necesito comprender.

Huelo ese cebo como una telaraña.

Madre, ¿qué hace?

Siento más oscuridad en sus ojos que en la negrura misma del ramaje.

Le estoy preguntando ¿qué hace? Madre.

Padre de la muchacha: Es el momento en que no hay duda.

Respiración contenida, firme el pulso; una línea recta entre ese cuerpo y mi arma.

Prolongo mi ira.

Llego a tocar en el destrozamiento de la carne el alma negra del otro, del que no va a pronunciar más.

Del que ya pronto no más.

Dije que sólo me bastaba y en realidad me sobro.

Su trompa morderá el polvo y el estallido de la boca que mata será un relincho que se prolongará río abajo;

bien abajo.

Mi condición de hombre está por cumplirse.

Te mato.

Yo decido tu muerte, de tu inexistencia me hago cargo; de tu no respiro, de tu

futura putrefacción soy el dueño.

Disparo.

Hombre: Caigo.

Siento lentamente el despedirme sin comprender casi nada.

¿Esto fue la vida?

¿No más?

Carroña de hombre.

¿Cómo será mi hijo?

Madre: ¿Cuánto cielo hace falta?

Nada digo, mi mano tiesa no avanza hasta tu frente, mijo, no puedo ni con lo último acomodar ese mechón que tan hermoso te hacía.

Eras lo único que de él me quedaba.

Tenerte fue como seguir viéndolo.

Fue como espiar, sin temor a ser vista, su expansión por toda la cuchilla.

¿Será por eso que corre tanta sangre?

¿Será por la cuchilla entrerriana?

¿Será por eso que hacen falta tantos ríos?

He de enterrarte sola.

Sin ninguna ayuda más que mis manos.

Decile a tu padre que nunca lo olvidé, y que si no tomé la decisión de seguirlo, fue para cuidarte a vos, para tener en vos algo de él.

Ahora que esto ocurrió, cuidare de ese vientre para saber que esto no tiene fin.

Padre de la muchacha: ¿Y ella?

Madre: Ella... ella, está dormida...

FINAL.

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2009

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar